

es el conferencista que ayer nos hablaba de la historia de Serapión. Ahora bien, si esa historia no hubiera terminado en uno de los monasterios de Egipto, ¿cómo podría la momia ser auténtica? Porque no es probable que el buen padre del desierto de Sceté, viendo á su arrepentida muerta en medio de la soledad, pensara en llevarla á una villa importante para enterrarla con pompa casi pagana.

Demasiado hábil para hablar de este modo, Gayet se contenta con dar poco crédito á la muerte repentina de la pecadora y nos recuerda que en aquel mismo siglo v en que Serapión hacía milagros, existían en Antinoé doce monasterios de mujeres, cuyas ruinas se ven aún en la tierra desolada. ¿Por qué, pues, no había de llegar Paisia viva hasta uno de ellos? Más aún: ¿por qué el pueblecillo donde la pecadora vendía sus caricias no había de ser una aldea de los alrededores de Antinoé? Puesto que todos los textos están de acuerdo para llevarla á Sceté ó á Nitria que están á setenta kilómetros de Antinoé, esta última hipótesis es más admisible que la de Alejandría, distante más de quinientos kilómetros. En todo caso, que haya muerto en el campo ó que haya muerto en la ciudad, poco importa para la gracia suave de la heroína. Lo que sí importa, es que no haya sido una cortesana suntuosa, sino una pobre ramera de

pueblo, y esto Gayet no sólo lo admite, sino que lo sostiene doctamente, sin temor de disgustar á todos aquellos que, dominados por el genio diabólico de nuestro buen maestro Anatole France, no quieren que haya más Thais que la terrible seductora del santo Pafnucio.



LA PSICOLOGÍA DEL VIAJERO

La afición por los viajes va convirtiéndose, según las estadísticas de las agencias ferroviarias y marítimas, en una pasión inquietante. Lo de inquietante no son las agencias las que lo dicen. Son los psicólogos son los filósofos, son los moralistas... Porque esos doctos directores espirituales de nuestro siglo láico, están muy tentados de creer que el viaje, como método de estudio y de penetración intelectual, no tardará mucho en hacer bancarrota.

Ellos eran, sin embargo, los que, ayer, nos aseguraban que el único medio de conocer á los pueblos lejanos y de establecer corrientes de simpatía cosmopolita, es entablar relaciones directas con los países extranjeros. «Id á Alemania, id á Inglaterra, id á Italia y veréis lo que en el fondo son los hombres en esos países.» Pero hoy, á causa del triunfo inesperado del nacionalismo literario, ya no nos di-

cen eso, sino que, casi, casi, nos dicen lo contrario...

**

Hay que leer, en efecto, el capítulo que cierra el último libro de viajes de Paul Bourget, para comprender la gran desilusión de los que buscaban una enseñanza filosófica en las excursiones lejanas.

¿Para qué viajar, se pregunta, puesto que jamás podemos conocer las almas de los hombres de otros países? ¿Para qué ir á lugares remotos en busca de documentos humanos, puesto que ni siquiera somos capaces de descifrar los documentos de nuestra propia patria, de nuestra propia familia, de nuestro propio ser?... El *conócete á ti mismo* de los griegos, es una fantasía engañadora. No nos conoceremos nunca, como nunca conoceremos á nuestros semejantes.

Una de las pruebas que Bourget aduce para demostrar nuestra ceguera, es la divergencia entre los diversos análisis de un tipo cualquiera de los más profundamente estudiados por los novelistas modernos. Luego agrega:

«¿Cómo tener, pues, la presuntuosa pretensión de ver, en tres meses ó en un año, el interior de las almas extranjeras, es decir, de almas diferentes á las nuestras...?»

Es una locura, en efecto, eso de querer,

como aquel gran poeta que se llamó Hipólito Taine, sorprender el fondo de un pueblo por los signos exteriores de su vida. Lo exterior, el barniz, es casi uniforme en el mundo entero. Las levitas y los sombreros hongos, han nivelado el tipo humano. En Londres como en Berlín, y en Nueva York como en Buenos Aires, el hombre vive del mismo modo, se viste del mismo modo, habla del mismo modo y en las cuestiones generales piensa poco más ó menos del mismo modo. El cuerpo y el cerebro, obedecen á la fuerza formidable de la solidaridad cosmopolita. Pero hay algo más personal que la fisonomía, algo más íntimo que las ideas, y eso no está ni estará nunca nivelado, porque eso es el sentimiento, el alma, el instinto. «A medida que he viajado — dice Bourget — he ido adquiriendo la convicción de que, entre los pueblos, la civilización no ha establecido sino semejanzas superficiales. En cuanto al fondo, cada raza conserva el suyo. Yo personalmente he trabajado mucho para tratar de conocer el alma inglesa: He vivido en Oxford, con estudiantes y fellows; en Londres, con literatos y hombres de salón; en Irlanda, con clérigos y land-lords; en Escocia, con turistas y negociantes; en Florencia, con estetas. Pues bien: si tuviera que resumir mis impresiones, me tendría que contentar con decir que noventa y nueve veces por ciento,

hay entre un anglo-sajón y un galo-romano una diferencia de sentimientos y de ideas invencibles. Ya lo veis... Y si esto acontece á quien, después de una larga preparación estudiosa, se consagra durante años y años á escudriñar una sola alma extranjera, ¿qué debiéramos decir los petulantes psicólogos que tenemos la increíble ingenuidad de creer que con sólo llegar, y ver, y oír, y mezclarnos al coro vocinglero, y poner puntos interrogadores en cada esquina, ya tenemos bastantes elementos para reconstituir un alma colectiva?... En realidad, para darse uno cuenta de los sentimientos que animan á un pueblo, más que un viaje de un año sirve un año de estudio. Oyendo á través de los libros las confesiones de las masas extranjeras se llega, poco á poco, á comprender los arcanos que les interesan. En cambio, cuando se procede como Jules Huret, modelo admirable de *enquêteur* periodístico, lo único que se logra, después de visitar todas las ciudades, y de interrogar á todos los notables, y de asistir á todas las fiestas, es dar un cuadro verídico, pero incompleto, del país que se estudia.

—¡Vea usted cuánto detalle!—dicen los que leen las páginas admirables sobre Alemania, que el *Figaro* publicó en folletín.—¡Vea usted cuánto documento! Este Huret es un verdadero juez que instruye el proceso de un

pueblo y lo examina en todas sus fases. Nada escapa á su espíritu penetrante. Desde el canciller del imperio hasta el último minero de Westfalia, todos le han dado algún elemento. Su obra es, en verdad, toda Alemania.

Y, en verdad, es toda Alemania, más sin alma.

Por mi parte, yo no busco nunca en los libros de viaje el alma de los países que me interesan. Lo que busco es algo más frívolo, más sutil, más positivo: la sensación.

Todo viajero artista, en efecto, podría titular su libro: *Sensaciones*. Porque así como la novela, según Zola, no es más que la vida vista á través de un temperamento, el cuadro lejano es una imagen interpretada por un visionario.

Comparando descripciones hechas por autores diferentes, de un mismo sitio, se ve la diversidad de las retinas. ¡Qué digo! Un mismo literato llamado á reproducir tres veces distintas un aspecto pintoresco de la Naturaleza, hará tres obras que no se parecen entre sí. El experimento pictórico de Claude Monet, que, copiando en veinte ó treinta ocasiones un mismo haz de trigo, logró realizar veinte ó treinta lienzos desemejantes, un Pierre Loti, ó un Maurice Barrés, ó un Henri de Regnier,

podría renovarlo transportándolo á la literatura. Cada hora del día, cada capricho del sol, cada cambio de la atmósfera, modifica radicalmente el paisaje. La naturaleza es sensible y variable como una mujer. En Versalles, una tarde de otoño, se ve la divina metamorfosis de las hojas, y de las fuentes, y de las flores, lo mismo que en un teatro se ve el cambio de las decoraciones. Minuto por minuto, las luces vesperales van matizando con suavidades acariciadoras los confines de las enramadas. En los estanques, las llamas caídas del ocaso, se apagan una tras otra. Un murmullo misterioso canta entre las hojas amarillas la elegía cotidiana de la vida. Y si esto pasa aquí, en este marco que parece ejecutado para eternizar una imagen muerta de gracia antigua, ¿qué será en los vibrantes y salvajes rincones de las selvas lejanas, donde la savia de la tierra hace palpitar con palpitations sensuales todo lo que vive? Yo he visto en América, en la América tropical, días de sol, en los cuales todo parecía hervir en una formidable hornada, en que los árboles retorcian sus ramas sin que la más leve brisa las agitara, en que los troncos rugosos inflábanse de substancia misteriosa, en que la tierra misma tenía palpitations de espasmo... Yo he visto también el mar como lo vió Zaratustra, el mar Indico que se rompe en los acantilados

durante horas y horas con una rabia absurda, y que, de repente, se duerme para soñar pesadillas que lo sacuden con roncadas congojas... Yo he visto, en el Extremo Oriente, playas de azul y de oro, en las cuales las ondas parecen juguetonas encajeras que se rien haciendo y deshaciendo los tenues flecos de sus labores... Yo he visto montañas milenarias llenas de arrugas, cubiertas de pústulas, que agonizan en el abandono... Y lo único que no he visto nunca, es un paisaje muerto, un paisaje quieto, un paisaje invariable.

* * *

A medida que la humanidad se afina, este solo placer de ver paisajes raros aumenta por fuerza, y obliga á viajar. «¡Qué nos importa no conocer el fondo de las almas extranjeras!—exclaman los espíritus errantes—Con admirar los aspectos de la naturaleza, nos basta para gozar.»

Pero en realidad, ni aun esta esperanza de conocer sitios raros ó encantadores sería necesaria para que el número de los viajeros aumentara como hoy aumenta. El placer del viaje está en el viaje mismo. ¿No dice un poeta francés que *partir c'est mourir un peu?*... Pues es esta sensación de muerte ligera, esta impresión de abandono pasajero, lo que nos seduce en el viajar. Cuando nos vamos hacia tierras

lejanas y transoceánicas, una inconsciente angustia oprime nuestras almas. Sin quererlo, nos interrogamos en secreto sobre aquello que puede cambiar durante nuestra ausencia. ¿Qué encontraremos al volver, de todo lo que dejamos?... Y nosotros mismos, ¿volveremos tal cual nos vamos?... Un filósofo pesimista nos dice: «No; no volveréis así. No. El que se va, no vuelve nunca. Quien vuelve es otro, otro que es casi el mismo, pero que no es el mismo.» Y esto que parece una paradoja, no es sino la más melancólica de las verdades. Las madres y los amantes lo saben por desgarradora experiencia. El hijo que regresa, la novia que vuelve, son seres que traen algo de nuevo. «¡Qué cambiados!» — murmuran los que se quedan—. En realidad no es que cambien. Es que son otros. En viaje han *muerto un poco*, y ese poco no resucita jamás, por lo mismo que es tan sutil y tan pequeño y tan íntimo.

Los psicólogos exclaman:

—¡Eh!, ¡no hay que jugar con las palabras! Eso que los poetas llaman *mourir un peu*, es, al contrario, revivir mucho. En los lugares donde pasamos nuestra existencia, casi no nos pertenecemos á nosotros mismos. Los hábitos, los deberes sociales, las necesidades ineludibles, lo que constituye nuestra vida de todos los días en una palabra, nos convierte

en prisioneros inconscientes ó en autómatas resignados. Hay que ir á tal sitio, hay que hacer tal cosa, hay que expresar tal sentimiento... Y vamos, y hablamos, y casi no somos nosotros. En cambio, cuando nos hallamos solos, lejos de todos nuestros tiránicos quehaceres, nuestra alma renace libre, con un suspiro de supremo placer. ¡Ah, esas primeras noches á bordo de un barco en el cual no conocemos aún á nadie; esas noches en las que nos encontramos solos con nosotros mismos!... La vida anterior aparece entonces como una cosa borrada, casi muerta...

—Muy bien — podemos contestar á los señores psicólogos—; pero que sea la vida pasada lo que muere en nosotros, no quiere decir que el poeta nos haya mentado. El poeta sólo dijo: *Partir c'est mourir un peu*...

*
*
*

Naturalmente, con el aumento de los viajeros y con la moda de la literatura de viajes, ha nacido toda una precéptica del nuevo gusto. Abel Bonnard nos explica lo que pudiera llamarse la retórica del viajero. Tú que tomas notas de ruta, oye al magíster éste. En primer lugar, te dice: huye de toda psicología, puesto que ya sabes por Bourget que las observaciones sobre las sociedades extranjeras no son sino pedantes invenciones. Luego, huye tam-

bién de las personalidades á la manera clásica y de las confesiones á la manera romántica. ¡Nada de yo!... ¡Nada de egoísmo! Lo que tú haces, no nos interesa. «La personalidad del autor—dice Bonnard—debe aparecer sin ocupar la atención del lector.» Aquella ingenua sencillez con la cual nuestros padres comenzaban sus relatos, diciendo: «Me embarqué tal día con el deseo» etc., es cosa retirada del comercio de las letras. Hoy el viajero es objetivo y artista. Cuando es personal, tiene que ser lírico. Lo que su individuo hace, lo que sus ojos ven en el hotel, lo que le dicen los cicerones, poco ó nada importa. Lo único que se le permite, es que exhale, en una prosa sensible y armoniosa, las sensaciones de su alma. Un artista del viaje, debe figurarse que escribe para personas que ya conocen el país que describe. Esto evita los detalles baedekerianos. Además tiene que creer que su público es culto y que sus alusiones y sus evocaciones históricas ó legendarias son comprendidas. De lo contrario, tendría que hacerse pesado poniendo cátedra. «Como esos santos de cuadros antiguos—dice Bonnard—que tienen entre sus manos una reducción de su iglesia y á veces de su ciudad entera, querríamos llevar sonriendo al lector y darle como bello regalo una Roma, un Palermo, una Mesina.» La imagen es deliciosa y gráfica.

Hay que parecer ligeros, en efecto, en los libros de viaje. Un pueblo no debe pesar entre las páginas. Y por encima de todo, hay que ser pintorescos. ¡Desgraciado del que no sabe ver con ojos sinceros los bellos paisajes!

Otro teórico del viaje en literatura nos traza un retrato del nómada ideal. Helo aquí: «Está dotado de una sensibilidad elástica que se dispersa y se concentra en movimientos rápidos é imprevistos. Pasa sin transición de la contemplación lírica al asombro infantil. Tiene gravedades religiosas y un sentimiento profundo, casi trágico, de la eternidad de las formas naturales. Además, es capaz de sonreír y de reír, de gozar, de vivir con frescura y de divertirse con cualquier cosa. En suma: exaltación sensual, candor infantil, sinceridad lírica y eso es todo.» Eso es todo, en efecto... Sólo que eso tal vez únicamente en Pierre Loti se encuentra reunido, ya que á Barrés le falta la alegría y el candor, ya que á Jules Huret le falta el arte, ya que al vizconde Melchor de Vogué le falta la sensibilidad elástica, ya que á Chevrillon le falta la sonrisa, ya que á Luis Bertrand le falta la movilidad sincera, ya que á Waleffe le falta la gravedad y el lirismo...

*
*
*

Lo que ni Abel Bonnard ni ninguno de los

teóricos parisienses de la materia se han atrevido á decir, es que la mitad de los que salen de París no tienen en todo el viaje más que un placer, y es el de volver á París.

Nada, sin embargo, tan cierto como esto. Cansados de los grandes hoteles, cansados de los trenes rápidos, cansados de los Museos famosos, y hasta cansados de los divinos paisajes, los buenos bulevarderos experimentan, al volver á ver, al fin, la torre Eiffel á lo lejos, una sensación de infinita voluptuosidad, que ni los lagos italianos, ni los mares escandinavos, ni las montañas suizas, ni las pirámides egipcias, ni los acrópolis griegos les proporcionaron nunca. Y no creáis que hablo de burgueses sin alma y sin gusto. No. De quien hablo es de los artistas, de los que saben sentir y admirar, de los que no viajan por puro snobismo ni por sólo cambiar de aire, sino por llenarse la retina de visiones ardientes. ¿Qué de extraño tiene esto, después de todo, cuando hasta los extranjeros que han vivido largos años en esta ciudad no pueden ausentarse de ella sin tristeza, ni volverla á ver sin emoción? Por mi parte confieso que, á pesar de que los países desconocidos me atraen con fascinaciones irresistibles, al fin de cada viaje, un delicioso sentimiento de tranquila alegría apodérase de mi alma. En cuanto veo desde la ventanilla del expreso las cúpulas de

Nuestra Señora de Montmartre, mi corazón palpita con júbilo infantil. «París ..—murmuro—París... París.» Y, en mi ingenuo entusiasmo, llego á experimentar algo que sólo puede compararse con la angustia divina de las primeras citas amorosas. Porque París es, para los que la saben adorar, una amante, una novia, una mujer. «¡Lutecia, madre mia!»—exclamaba François Villon hace quinientos años. Mas hoy, los que la invocan no es con filial, sino con amorosa emoción. ¡Lutecia, reina de la coquetería; Lutecia, musa del capricho; Lutecia, señora de la gracia; Lutecia, hada de las sorpresas!...

En todos los rostros de los que regresan ahora de las playas á la moda ó de las montañas sagradas, nótase el mismo placer de volver á sentirse en la buena ciudad.

—¡Oh, la belleza de Venecia y del Lido!...— exclaman—¡Oh, Biarritz!.., ¡Oh, la blanca Engandina!... ¡Oh, Falero y sus arenas milenarias!...

Pero, en realidad, lo que hace palpar sus sienes, lo que agita exquisitamente sus párpados, es el perfume de París, del París invariable, del París adorable, en donde, al fin, se encuentran de nuevo.

En una de sus crónicas del *Heraldo de Madrid*, Luis Bonafoux decía que París es una ciudad que no cambia, una ciudad estancada,

una ciudad conservadora. Considerando esto como una censura, otros escritores hubieran podido contestarle asegurándole que si existe, por el contrario, una ciudad que cambia, es París. «No hay más que pasearse por sus calles—habrían, con justicia, podido decirle—para ver cuánto varía de año en año. Los que la conocieron á fines del siglo pasado, casi no la reconocerían hoy. En plenos Campos Elíseos, en el lugar que parecía invariable, una avenida nueva, la más bella del mundo, surgió como por encanto... Más allá del Trocadero, un barrio entero de palacios se ha creado de la noche á la mañana... El aspecto de los bulevares, en fin, antes apacible, tiene hoy algo de vertiginoso, con sus multitudes y sus automóviles.»—Todo esto es cierto. Y, sin embargo, Bonafoux tiene razón. París es una ciudad que no cambia, París es una ciudad estancada, París es una ciudad conservadora. Si Aureliano Scholl saliera hoy de su tumba, podría quejarse del ruido que ha aumentado y de las distancias que han crecido. Pero, de seguro, al cabo de unas cuantas horas, su París le aparecería tal cual lo abandonó aquella tarde de primavera en que sus amigos lo acompañaron hasta el cementerio. Me diréis que Aureliano Scholl no es en este caso una autoridad irrecusable, puesto que su muerte remonta apenas á un par de lustros.. Enton-

ces, escojamos á otro parisino empedernido..., á Murger, si os parece..., ó á Gautier., ó al mismísimo Mercier que hace cien años ejerció de cronista callejero... Pues bien: Mercier, después de reponerse de la sorpresa del ferrocarril subterráneo, de la locura de los automóviles, del lujo de las nuevas avenidas, diría sin vacilar:

—Este es mi París, mi dulce París de viejas piedras armoniosas...

Lo mismo dicen los que regresan de Venecia ó de Sevilla, de Zurich ó de Alejandría.

—Este es nuestro París, esta es la única ciudad habitable del mundo.

Y muchos podrian agregar:

—No sentimos ni la fatiga del viaje, ni las molestias de los hoteles, ni el mareo de los barcos, ni las tristezas de las interminables tardes solitarias, porque, gracias á todo eso, podemos ahora sentir mejor que hace tres meses. ¡Oh, nuestro París!, cuán caro nos eres! La separación ha aumentado en nuestra alma el amor por ti. Encontrándonos de nuevo en tu seno, experimentamos la febril alegría de la mujer enamorada que, después de una ausencia, se halla entre los brazos de su amante. De todo el viaje y de todos los viajes, tú constituyes en verdad nuestro único placer infinito..



La apoteosis de Mistral.

HORA por hora el telégrafo nos trae los detalles de las fiestas provenzales en honor, en gloria mejor dicho, del patriarca Mistral. Como si se tratara de una revolución ó de una huelga trágica, los periódicos consagran ediciones especiales á los ecos de la apoteosis poética. El más breve discurso pronunciado en lengua felibre, nos interesa como un acontecimiento. Cualquier estrofa arlesiana nos encanta. Un nimio pormenor de la inauguración de la estatua, nos preocupa. Y en cuanto á las palabras del buen viejo poeta, todos las consideramos desde esta mañana como sagradas, á pesar de que nada tienen ni de solemnes ni de profundas. Porque si bien este momento es único en la historia de Francia puesto que se trata de una verdadera canonización en vida, el nuevo santo conserva su deliciosa bonachonería de campesino. Cuando sus adoradores le llevaron hasta la plaza

en donde se alza el monumento que inmortaliza su figura, exclamó volviéndose hacia el escultor: «¡Muy joven y muy guapo me has puesto, camarada!» Luego, dando un abrazo al ministro de Bellas Artes que le llevaba el saludo del Estado, murmuró: «Una estatua de poeta que aún vive debe ser un apuro para el discurso». Todo eso sazonado con francas, frescas y sencillas risas del país de las cigarras y de las galejadas.

—No porque tenemos un palacio vamos á dejar de ser campechanos—ha dicho uno de los homéridas del maestro.

No, en efecto. La grandeza misma del Palacio del Felibrisimo está en la gracia con que fué ofrecido. Mistral lo compró con los doscientos mil francos que ganó en el Premio Nobel.

—¿Va usted á abandonar su quinta de Mailane?—preguntábanle sus amigos.

—No.

—¿Va usted á tener dos casas?

—No.

—Entonces, ¿para qué esa compra tan poco natural en quien no es rico?

—Para vosotros.

Y así fué realmente. Apenas en posesión definitiva del lindo palacio Laval Castellane, que es uno de los modelos de la arquitectura del renacimiento provenzal, apresuróse á brindar-

lo á los cultivadores del felibrisimo con la misma gracia galante con que se brinda una flor. Luego dijo:

—Puesto que tenemos casa, vamos á llenarla. ¿No es la casa de nuestra poesía, de nuestras tradiciones, de nuestro gusto peculiar, de nuestros idilios, de nuestros ensueños? Pues pongamos en ella todo aquello que sirve para aumentar nuestras sensaciones y para evocar nuestra belleza. Hay que vivir entre nuestras reliquias.

Vivir entre sus reliquias, he ahí toda la existencia del glorioso autor de *Mirella*. Y si hoy eso no es ya raro en la bella Provenza, hay que remontarse á principios del siglo XIX para comprender el heroísmo de tal conducta. En aquella época la lengua de Oc no era sino un dialecto de campesinos, que parecía á los franceses en general inapto para toda manifestación. El propio Roumanille, que lo cultivaba, no creía en su magnífico renacimiento y apenas si se atrevía á poner á la colección de sus producciones el modesto título de *Obriilas*. Sólo Mistral tuvo la intuición de que su lengua natal, antaño noble y orgullosa, podía de nuevo alzarse armoniosamente gracias á milagro de la poesía. «Desde la edad de doce años—dice—sentíme devorado por el deseo de rehabilitar á mi casta rehabilitando su habla natural». Y en el canto primero de su divi-

no poema, exclama: «Celebro á una muchacha de Provenza y celebro sus amores juveniles á través de la Crau, en las riberas del mar, en los grandes campos de trigo. Aunque su frente no tenga más resplandor que el de su frescura, aunque no lleve ni diadema de oro ni manto de seda tejido en Damasco, quiero que sea elevada á los honores como una reina y que sea cantada con amor en nuestra lengua, pues sólo para vosotros canto, ¡oh!, pastores de las colinas de Provenza! y también para vosotros habitantes rústicos de nuestros mos.» Hay que notar, después de leer esta estrofa, que si Mistral se condenaba, desde un principio, á no ser comprendido sino por su región, no era, como lo aseguraron luego algunos críticos, por ignorancia de la lengua nacional, sino por adoración de su idioma provinciano. Antes de *Mirella*, efectivamente, escribió más de una composición en francés de un modo impecable. Pero desde que se formó su bello ideal felibre, no volvió á emplear más que ese idioma que, según Roumanille, tiene la suavidad tersa del italiano y la magnífica sonoridad del español. «¡Provenzal, provenzal, lengua que Petrarca amó, lengua que cultivó el Dante, lengua de papas y de reyes y de trovadores, yo me consagro á ti en alma y cuerpo!» Así habló el poeta. Y París que entonces era el emporio de aquel detesta

ble ingenio de los Verón, de los Wolff, de los Privat d'Aglemont, comenzó á burlarse de las pretensiones del Midi. En todas las revistas de café-concierto había un meridional barbudo que cantaba himnos grotescos á la lengua de papas y de reyes. En vano Lamartine había comparado á Mistral con Virgilio y con Homero. En vano Alfonso Daudet, recién llegado de su pueblo, traducía en las redacciones retazos del poema de *Mirella*. En vano Jules Janín, príncipe de la crítica, solía citar con elogio al poeta del país de las cigarras. La capital no le perdonaba á nadie que quisiera tener talento fuera de sus muros. Los extranjeros mismos estaban en la obligación de acudir al bulevar para pedir su consagración. ¿Por qué razones, pues, ese campesino épico había de pretender singularizarse, cantando en su aldea las historias de su región? Un escritor hoy olvidado, pero á la sazón famoso, Adolphe Dumas, propúsose explicar á París las razones del felibre. Día y noche hablaba de Mistral. Sus artículos eran todos sobre Mistral. En el café Tortoni, en el cónclave de los pontífices, sólo de Mistral permitía que se tratase... Naturalmente, los bulevarderos comenzaron por reírse de él. Mas él les contestaba: «Reid, pero oid». Con paciencia recitábales las estrofas de *Calendal*, de las *Islas de Oro*, de *Mirella*. Luego, entusiasmado, exclamaba:

—Eso es dantesco, eso es homérico, eso es virgiliano... Eso tiene que sobreponerse á todo... Eso vivirá cuando vuestro Leconte de Lisle se haya sumido en el olvido... Yo lo veré y os recordaré vuestras risas, el día de la apoteosis...



El día de la apoteosis ha llegado para Mistral. Mas no nos figuremos por eso que la poesía provenzal es hoy mejor conocida que en la época de Jules Janin. ¡Ah!, no. Justamente ayer un crítico parisiense de los muy eminentes, confesaba, hablando de las fiestas de Arles, que la literatura de Oc le era menos familiar que la alemana ó la inglesa. «Fuera de Mistral—decía—á quien naturalmente he leído, y de Roumanille, de quien he hojeado un libro, y de Aubanel, de quien conozco la *Granada Entreabierta*, nada ó casi nada sé de los escritores de lengua de Oc.» Si los demás bulevarderos quisieran ser francos, es probable que tendrían necesidad de decir lo mismo. Y sin embargo, apenas hay una literatura que, con relación á su estrechez ó mejor dicho al escaso número de sus cultivadores, merezca ser estudiada con tanto amor cual ésta que, en un espacio de medio siglo, ha producido *Mirella*, y *La Venus de Arlés*, y la *Maygra Entrepresa*. En efecto, hojeando la *Antología*

Provenzal que Ernest Gaubert ha publicado últimamente, se nota la lozana frescura con la cual crecen siempre los retoños en el árbol de las trovas meridionales. Un soplo ardiente y perfumado anima todas las estrofas escritas en idioma de Oc. Aun los poetas de poca importancia tienen, gracias á cierta ingenuidad de la raza y á cierta inocencia de la lengua, un encanto extraño y penetrante, algo que nos sorprende por lo imprevisto, un poquito de gracia antigua y pagana, una gota de miel silvestre, una música deliciosa que es más española que francesa y más que española provenzal, es decir, original, tierna y brusca á un tiempo mismo, con sus notas agudas de canción de cigarra y sus graves orquestaciones de voces del mar y del bosque. Y lo extraordinario, lo increíble, es que en esta poesía ninguna literatura europea ejerce influencias visibles. Los románticos formidables que modificaron todo el modo de sentir y de expresarse del mundo, pasaron sin ser vistos por los felibres. En cuanto á los parnasianos y á los simbolistas, diríase que ni siquiera se tiene de ellos noticia en la tierra de Arlés. Pero en cambio los troveros sencillos y anónimos que cantaron antaño en lemosín los encantos del campo, las penas del amor y las alegrías del hogar aldeano, siguen sirviendo de maestros á los nuevos cultivadores de la poesía de Oc. Desde Mis-

tral hasta Marius André, no hay un solo felibre que no cante con infinitas ternuras el poema deliciosamente monótono del *más* virgiliano en donde nacen, viven y mueren las generaciones meridionales á la sombra plateada de los olivos milenarios.

Lou mas sara basti sus l'auturo agermido,
E la porto de frai virado vers l'Uba.
S'alargant tout l'estiéu i boufe de l'en-bas,
Flamejara, l'ivèr, dóu fió di regalido.

A man drecho e virant sa culato au vènt d'aut,
Plantaren pèr l'avé la grand jasso de sagno;
Pèr para lis agnéu dóu giscle e de l'eigagno,
Li pastre atenciouna tancaran lou pourtau.

A gaucho, mountaren la court pèr la manado,
L'estable entre-mitan garni de si coulas,
Mé si brèssó de paio ounte li ràfi, las
Entre soupa s'estiraran pèr la niuechado.

Pièl, se'ncop tout es lèst e lou davans crespí,
Envujant lou vin cue, segound lis us de giori,
Sus lou cresten d'ou mas plantaren pèr memori
Un ramas de pin negre e de lausié flouri.

Estas estrofas de Joseph d'Arbaud contienen el ideal de toda la raza. Como Roumanille, como Aubanel, como Arene, como Arnavielle, como Palay, como Perbox, el poeta sueña en un *más* construído en una pradera, con sus ventanas abiertas al soplo tibio del campo, con su aprisco lleno de ovejas blancas, con su

cuadra sonora de collares de cascabeles, con su cocina en la cual los jarros de vino añejo resplandecen acariciados por la llama del fogón... Y si escojo, entre todos, á Joseph d'Arbaud, como cantor del *más*, es porque me parece el más joven entre los consagrados. Sus paisanos lo llaman el príncipe Benjamín. En realidad mejor que un príncipe parece un pastor épico. Desde hace años, en efecto, vive la libre y fuerte existencia de sus antepasados los buenos ganaderos de la Camarga. Desdiciendo los estudios universitarios á los cuales su familia lo consagraba, montó un día á caballo con la pica en la diestra y se internó para siempre en sus pampas natales. De vez en cuando se le ve trajeando con pompa, cabalgando por los caminos pedregosos durante días enteros, como si ignorase por completo que existe esa carreta fulgurante que se llama ferrocarril. «Va sin duda á la feria de Arlés—», dicen los hacendados que lo ven pasar. Y las muchachas morenas que meditan bajo los cipreses, murmuran, admirando su garbo: «¡Va de fijo á ver á su novia!» Pero en realidad no es ni el negocio ni el amor lo que aleja al ganadero de su cortijo. Es la poesía. Caballero á la moda antigua en su potro de la tierra, corre hacia Maillane para visitar á su maestro Mistral.

¡Mistrall... ¡Siempre Mistrall... No puede

uno hablar de Provenza sin que en el acto la egregia silueta surja risueña y dominadora. Todos los poetas ven en él al patriarca, al padre aeda, al apóstol familiar. El es quien, como uno de aquellos budas adormecidos que protegen la paz de los templos asiáticos, hace perpetuamente, para su raza, el gesto de la bendición y de la enseñanza. El es, con su célebre *Diccionario*, la ciencia del verbo. El es, con su divina *Mirella*, el alma de las inspiraciones. El es, con su bondad casi centenaria, el pastor de las quimeras comunes.

—Cuando uno pasa unas cuantas horas en el *mas* de Maillane—decíame un día Jean Carrere—sale convencido de que, más ó menos tarde, todo el universo será conquistado por la Provenza.

Hay algo de tartarinesco, realmente, en el patriotismo de los provenzales. Ellos mismos lo reconocen sin dificultad. Pero al propio tiempo tienen tal fe, tal entusiasmo, tal amor y tal desinterés, que no es posible reirse de ellos. Lo que quieren, es la grandeza poética. Se acuerdan de haber tenido papas y emperadores. No pudiendo tenerlos de nuevo, se contentan con el viejo gran poeta en el cual ven á un monarca y á un pontífice.

¿Qué de extraño, pues, que los poetas ganaderos vayan hacia Maillane á través de los

vastos campos como peregrinos de otras edades? Tras Joseph d'Arbaud á no dudarle, llegan cada año los demás felibres. Yo veo á Marius André que viene desde los paisajes lejanos adonde lo lleva su deber consular; veo á Maurrás que vuelve de Grecia; veo á Folco de Baroncelli que abandona sus granjas; veo á Antonín Perbou que huye de un sueño medioeval con los ojos pesados de enormes visiones; veo á Simin Palay, el señor del Castel de Doat, saliendo de su ciudad por un puente levadizo; veo á Albert Arnavielle siempre montado como si fuera á partir en guerra; veo á otros muchos, muchos, que acuden á la casa del gran anciano en busca de bendiciones...Y este espectáculo que puede hacer sonreír á los individualistas modernistas que han suprimido todas las veneraciones en París, en Roma, en Madrid, á mí me conmueve como un espectáculo de tiempos más bellos que los nuestros y de almas más puras que las de nuestros contemporáneos.

Toda la existencia de los felibres es como un poema vivo. Al lado del joven que por amor de la tierra se consagra á cuidar su ganado desdeñando la vida parisiense, encontramos al caballero levantisco, que para poder cantar á Dios y al Rey, lucha en el terreno político al lado de los católicos y de los monárquicos. Se llama Albert Arnavielle. En la pren-

sa se le conoce por sus campañas federalistas. «Es el hombre que espera al Rey de las Provincias Unidas de Francia—», exclaman los parlamentarios con ironía. En realidad es algo más, puesto que es el poeta que se crea un universo fantástico para poder vivir á su guisa fuera de un tiempo que no le parece propicio para los grandes gestos. Lo importante, después de todo, es que sus visiones sean bellas y, eso sí, lo son. He aquí una de ellas, una obscura y admirable visión de porvenir:

—Ah! dequé vai sourti d'aquel semblant de mort?
L'esperit atentiéu, que l'impacienco mord,
Se demando, e, per fes destrio
De lamps coumo n'a l'iuèl de l'amour, quoro a set,
E de longs gèmes pièe d'espaime e de plasé:
L'imèn se coumplis e coungrio.

E lou sourne esta-siau duro uncaro e toujour.
Ah! veguen se leva l'aubo puro dau jourl..
Lour jouri Liuèn, de man senèstro,
Dequé clarejo à l'èr qu'aro se môu, boufânt?
Em soun mourré rousen, dequ'es aquel enfant
Que, matiniè, duerb la fenèstro?

Antonin Perbou también es un patriota exaltado de su tierra provenzal. Pero no es monárquico, ni es católico siquiera. Indiferente ante la política y frío ante la Iglesia, conténtase con gozar del sol de su cielo, evocando voluptuosos cuadros de belleza antigua. En la playa de su Mediterráneo, ve á veces el vue-

jo púrpura de las velas de Cleopatra que cruzan el espacio amorosamente. Otras veces sus visiones son helénicas. Recordando que la Provenza es la Grecia del Occidente, vuelve sus ojos extasiados hacia el pasado y evoca las suaves figuras de las cortesanas de Corinto ó de las hetairas de Tanagra. Su corazón de ardiente campesino, enamorado de bellezas muertas, es armonioso é inquieto y tiene algo de ingenuo y de fresco que no se encuentra en las ciudades.

Simón Palay, hijo de las landas arenosas de Montanerés, tiene un alma primitiva. Para él no hay Cleopatras ni Laises que valgan lo que vale su vaquera de negros cabellos rizados y de ojos lánguidos. Sus héroes no llevan capas lucientes ni espadas áureas, sino que van, activos por los caminos con un chuzo en la mano para hacer andar á los tardos bueyes de las carretas. «Mi ideal—dice una de sus muchachas—es casarme con el que vende leche en la Puerta del Auro.» Las demás no tienen ideales superiores. El poeta mismo no los tiene. No tiene sino uno que consiste en conservar el amor de su buena amiga la linda pastora.

«Me bello amigo, ivèr-estiéu
De toun gardian rèsto amourouso,
Car siés trop bravo, pér que iéu
Te vogue réndre malurouso.»

«Avés resoun, car moun gardian,
 Fe de crestian!
 L'autre diminche,
 M'afourtiugué que dins lou round
 Traucara de soun ficheiroun
 Quau que me guinche!»

Marius André es legendario. Le gustan las doncellas antiguas que en el puente de Aviñón encuéntranse con un príncipe lejano y lo seducen con sus mirares, y sus andares, y sus reires. Le encantan los frailes guerreros que, para defender al rey, se ponen una coraza bajo el hábito y trepan, hacha en mano, por los abruptos peñones de las tierras enemigas. Hay una de sus baladas que es famosa en todos los países de lengua de Oc. Se titula *Danso d'amour*. Una reina, una reina de Provenza naturalmente, sale de su castillo cierta tarde y va de paseo por las calles de Arlés. De pronto el rey de Irlanda que pasa por allí llevando un séquito magnífico, la ve y se prenda de ella. Pero la reina tiene un paje de quien está enamorada y desdefiando al monarca, inclínase y besa en los labios al paje. Los que conocen á fondo la lengua de Oc, consideran este poemita como una deliciosa obra maestra. Lo único que sus compatriotas, los verdaderos felibres censuran en Marius André, es el exceso de cultura francesa. «Es demasiado parisiense», dicen hablando de él. Es, en efecto, el más parisiense de los provenzales, á menos que no

sea el más provenzal de los parisienses... Después de todo ¿qué importancia puede tener esto? Paúl Arene, cuyos versos cita con tanto elogio Anatole France, fué también un exquisito felibre y no por esto dejó de vivir siempre en París.

El que ni siquiera parece saber que hay un París en el mundo, es el marqués Folco de Baroncelli, que vive en un magnífico palacio antiguo en el fondo de una pradera admirable, cultivando sus rosas y sus ensueños. Sus padres le dejaron una fortuna enorme y en vez de gastarla en locuras urbanas la emplea en esplendores campesinos. Sus toros son los mejores de la Camarga. «Soy el Veraguas de mi tierra», suele decir. Y en efecto, en las corridas provenzales, cuando el cartel anuncia «bichos» de la ganadería del «marqués», la gente aplaude de antemano, gritando: «¡Tienen que ser bravos y nobles como su dueño!». Nobleza y bravura, he ahí las dos palabras que resumen el carácter de Folco de Baroncelli. Sus poemas, como sus toros, son nobles y bravos. Pasan con alegría de trompetas y expresan claros ideales.

Tales son los más notables compañeros actuales del divino Mistral, los poetas á quienes Adolphe Dumas hubiera llamado los homeridas del padre aedo.

*
 **

¡Adolphe Dumas!

¡Cuánto habría gozado el pobre turiferario, asistiendo á la apoteosis de hoy! Pero la suerte no quiso darle esta suprema alegría. De tanto luchar en favor de su ídolo, contrajo una grave afección nerviosa y murió cuando aún París no había querido inclinarse ante el maestro provenzal. Porque esta vez los buenos parisienses no sólo no han impuesto al mundo su modo de pensar, sino que han esperado la impulsión de la corriente extranjera. Lo que ha dado, en efecto, á Mistral su fama, es la admiración que por él tienen los alemanes, sin contar la consagración del premio Nobel. «Habéis de saber, ¡oh ignorantes paisanos míos!,—dijo un día alguien—que en la Universidad de Berlín existe una cátedra en la que se lee *Mirella* y se aprende la lengua provenzal.» En el acto París prestó atención. La poesía admirable del admirable patriarca de Maillane comenzó á hacerse popular. Un compositor ilustre prestó á *Mirella* el apoyo de una partitura que en el acto obtuvo el éxito más universal que se había hasta entonces visto. La misma Academia Francesa olvidando que la lengua de Oc no es idioma oficial, ofreció al buen felibre un sillón vacante. Pero el felibre, siempre sencillo, contestó:

—No puedo aceptar... No es por mala vo-

untad... Es porque ya pertenezco á la Academia de Arlés...

Cuando M. Legouvé, entonces secretario perpetuo según creo, de la ilustre compañía, recibió esta respuesta, estuvo á punto de desmayarse. ¡Comparar á la Academia con una sociedad provinciana!... En verdad era necesario que los tiempos fueran estupendos y que los poetas se hubieran vuelto locos.

—Es un hombre sencillo—díjole Coppée.

—Es un monstruo de orgullo—exclamó Theuriet.

En realidad era las dos cosas, pero de un modo inconsciente, sin preparación, y sobre todo sin *pose*. En su comarca, entre gente de su raza y de su lengua, considerando á Arles como la verdadera capital del felibrismo y no estimando sino á los numerosos poetas que gracias á su ejemplo cultivan la poesía provenzal, nada extraño es que le diera á la Academia arlesiana tanta importancia como á la Academia Francesa. Al fin y al cabo, él no es poeta francés, sino poeta arlesiano. Arles, capital de la Provenza poética, es la patria de su alma. Todos sus recursos los ha consagrado á reconstituir la antigua vida de la ciudad, á reunir las reliquias de su pasado á consolidar su prestigio artístico, á resucitar viejas costumbres y viejos trajes.

—Si usted hubiera venido aquí hace veinte

años—decíame un poeta que me servía ayer de guía por las calles arlesianas—no habría usted visto sino una ciudad burguesa y sin carácter. Los mismos vestidos locales habían desaparecido y nuestras muchachas se trajeaban á la moda de París. Mas gracias á Mistral, y á sus poemas, y á las fiestas que organiza, ya hemos recobrado algo de nuestro carácter tradicional. Su museo es como una colección de cánones para no equivocarnos en cuanto se trata de gustos provenzales.

El museo Arlaten, efectivamente, contiene todo el pasado provenzal con sus poéticas enseñanzas y sus modelos armoniosos.

Ahí se ven llenando una sala entera las imágenes de las más bellas arlesianas del siglo pasado y del siglo antepasado, con sus trajes airosos y sus tocas picarescas.

—Vea usted, sobre todo, los retratos pintados por Boneventure Laurens y Jules Salles—decíame mi guía—, pues esos son tipos puros de aquí.. Yo creo que uno de ellos representa á Mirella.. Este... Véalo usted..

En un marco de oro desteñido, sonreía una suave muchacha morena de grandes ojos ojeros y de labios de granada entreabierta.

—¿Este es Mirella?—preguntéle.

—Sí... aquí todos creemos que ésta es... Mistral dice que no... Ya usted sabe que, según él, su heroína no existió nunca en la rea-

lidad... Sólo que, más ó menos, no hay en Provenza quien no conozca alguna verdadera Mirella.. Los tipos así, no se inventan... Para mí ésta es la verdadera... Yo la conocí..

—¿Y esta otra?—preguntéle, deteniéndome ante una estatua de arlesiana gentil y garbosa, en cuyo zócalo leí: «Mireio per Gustave Charpentier».

—Esa es una Mirella de París—contestóme con desdén.

Luego, ante dos figulinas de Tanagra:

—Más auténticas son éstas.

Una de ellas no era, empero, sino la reproducción de una de las estatuas diminutas que se encuentran en el museo de Atenas, una dama esbelta, envuelta en un amplio chitón jónico desde la cabeza hasta los pies. La otra era una figura actual que imitaba la actitud de la primera. Pero, vistas así, juntas, no hay duda de que tenían un aire de familia.

Además de los retratos de arlesianas, hay en el museo Arlaten libros impresos en provenzal, libros viejos y libros nuevos, libros de remotos trovadores, libros de sabios eruditos, libros de poetas. Allí están los poemas de Roumanille, los de Jazmín, los de Aubanel, los de otros muchos. Ahí está el monumental *Diccionario Provenzal* de Mistral, piedra angular de la lengua de Oc. Y junto á lo grave, lo frívolo, las muñecas, los juguetes cam-